

vista del elemento oficial que también quiso tomar parte en la ceremonia religiosa. En cambio los frailes dominicos que acompañaban las reliquias de su hermano no pudieron vestir el hábito por la libertad de que disfrutamos. Así mientras se honraba y enaltecía a las Ordenes religiosas en la persona de uno de sus insignes héroes, se consentía que a la faz del mundo fuesen ellas objeto de escarnio por cuatro desvergonzados. El mismo espectáculo se ofreció poco há cuando algunos intrépidos misioneros capuchinos se embarcaron en esta para evangelizar las Carolinas y sacrificarse por una causa, a la vez que religiosa, nacional. Uno de los misioneros ha sucumbido ya al atravesar el ardiente Mar Rojo.

No hay que mencionar de que modo se consiente que hable de esos mismos misioneros el numeroso é inmundo periodismo revolucionario de esta capital.

La cuestión palpitante ó de actualidad puede decirse que es el tratado de comercio, asunto que está agitando los ánimos de los industriales por ver amenazados de muerte sus grandes capitales. La alarma, el alboroto y casi puede decirse el toque de rebato que se oye parece indicar que el mundo va a hundirse; y análogo hecho ocurre en Francia, aunque por distinta causa, pues allí es motivado por el proyecto, próximo á realizarse, de la espulsion de los Príncipes. Pero quiero fijar la atención de los lectores en el hecho de que aquí y allá esas clases que mueven tanta barandia y regañan los dientes, pertenecen en general al partido conservador, y por esto únicamente se preocupan, por conservar sus intereses. Cuando en la vecina república hemos visto ejecutarse por orden del gobierno los mas graves atentados y sacrilegios contra la Iglesia y contra Jesucristo, cuya imagen era arrancada de las escuelas y arrojada á pedazos en los carros de la basura; y cuando aquí, y en plena restauración (al menos así se la llama), imperando el partido conservador, se cimentaban las bases de la libertad de cultos, á pesar de la oposición de los Obispos, y se promulgaban otras graves leyes en asuntos Canónicos, esas clases se contentaban á lo mas con una débil protesta de catolicismo. Pero al llegar el caso de que se atente contra personas ó intereses que son sus ídolos, esa gente no deja piedra por remover, y fulminan amenazas contra el poder constituido. No solo esto, sino que muchos de esos industriales pertenecen á las sectas masónicas, están sosteniendo los periódicos impíos (como el *Diluvio*), han establecido sus fábricas en los conventos, por esta causa convertidos muchos en antros de blasfemias y obscenidades, están trabajando en los días festivos, y por esto lo que está sucediendo y lo que ha de venir, no es mas que la justicia de Dios. Porque hemos de ver á esos operarios, desmoralizados y estrujados por ellos, ser el instrumento de los decretos del Altísimo. Ya en Inglaterra, Bélgica y Francia están dando claras muestras de lo que son capaces de hacer esas turbas así educadas.

No quiere esto decir que no sea á todas luces reprobable lo que está haciendo el gobierno, sumiendo al país en la miseria, y siendo causa de que lo paguen justos por pecadores, pues no deja también de haber fabricantes y parte de obreros excelentes, de conducta enteramente cristiana.

Otro de los frutos que está produciendo la moderna educación y la propaganda infernal que se está consintiendo, son esos espantosos crímenes y suicidios que tan á menudo ocurren en esta capital. Uno de estos últimos ha sido el de un joven de 18 años, en la vecina villa de Gracia, por causa de los vicios, pues, siendo reincidente en ellos y antes que volver á la casa paterna á sufrir una segunda reprimenda, prefirió acabar con su vida, disparándose un pistoletazo. Hasta las mujeres han entrado ya en este camino. Estos crímenes, cuyos móviles

son la sed de dinero ó de los placeres, ejecutados por jóvenes, y hasta por niños, revelan un estado social desastroso y unas ideas y sentimientos en todo opuestos á las máximas del Evangelio. Santa Teresa decía: «O padecer ó morir.»—El lema dominante hoy es: «O gozar ó morir.» Estas son las doctrinas que, si bien expuestas de un modo mas velado, lógicamente se deducen de los *Ideales de la Humanidad para la vida* (1) y otras obras de este jaez, de que se nutre nuestra juventud.

Mucho será que no sea la cola de estos dos días de Pascua alguno de esos crímenes que lamentamos, pues es innumerable la multitud que en estas festividades sale de Barcelona, y no para pasarlos en honesto esparcimiento con una comida campestre con toda la familia, como hacían nuestros padres; sino para entregarse á una deshecha bacanal en todos los hoteles y bosques vecinos, y aun en esta misma capital los que no salen, esto amen de trabajar toda la mañana del domingo, guardando escrupulosamente las segundas fiestas, que son precisamente las suprimidas. Este aumento de crímenes por riñas y vicios se nota por el gran número de entradas en el hospital, después de días de fiesta, como se lo he oído manifestar á los Hermanos y empleados del mismo.

Tenemos ya la *filoxera* á las puertas de Barcelona y en varias comarcas de estas cercanías. No hay para que decir cuanta es la alarma de los viticultores; esto á mas de otras plagas casi tan graves que amenazan acabar *in totum* con la producción de la uva. Es otra calamidad con que de un modo tan evidente nos aflige la justicia de Dios, por mas que no quieran reconocerlo los hombres obcecados y endurecidos de nuestra época.

Si á ello se agregan los pedriscos que han asolado varias y ricas comarcas de Cataluña, y de que ese bello país conservará también un triste recuerdo, y otras plagas que ya de los elementos, ya directamente de los hombres se vislumbran en el horizonte, auguran un año y otros á cual mas funestos, hasta que abandone el camino de la iniquidad esta sociedad prevaricadora y apóstata.

Para implorar la misericordia divina y detener su brazo airado por tantas maldades, se han celebrado varias peregrinaciones que han ido á postrarse á los pies de la Patrona de nuestro Principado, mientras en los principales templos de esta capital continúan ofreciéndose desagraciosos en tiernas y espléndidas funciones, en este mes dedicado al Sagrado Corazón de Jesús.

Los mismos actos veo tienen lugar en ese país, y que se proyecta al mismo tiempo el ensanche de uno de los santuarios que son el lugar predilecto de esas piadosas cuanto edificantes romerías.

Y ahora, al principiar mis desaliñadas Revistas, tócame dirigir un entusiasta saludo á esos buenos y fervorosos cristianos del Ampurdán, que ya en el *Centro de católicos*, ya en diversas asociaciones religiosas, ó bien en la prensa procuran restituir á los caminos de salvación á esas muchedumbres extraviadas. Sé, y he visto por mí mismo que se tocan ya grandes resultados de estos esfuerzos y sacrificios, y debemos confiar que la Providencia cuidará de que fructifique esta semilla tan laboriosamente sembrada en una comarca, donde por tantos años y casi sin resistencia ha imperado la Revolución como dueña absoluta.

Barcelona, 14 de Junio de 1886.—A.

Sección Agrícola.

¡LAS SIEGAS!

Vivas y gratas en extremo son para todo ampurdanés las sensaciones causadas por la llegada del mes de las mieses, sobre todo

(1) Funesta obra publicada años atrás por el catedrático Saaz del Río.

después de haber pasado esas negras noches de invierno, oyendo el largo y sombrío murmullo de la lluvia, surcado por largos plañidos del viento que, enfureciéndose las mas veces, pasa como una legión de numerosos escuadrones de jinetes aéreos lanzados al galope al través de olmos y robles seculares, gritando, aullando, y llevándose consigo una nube de hojas, que parecen en medio de la noche un vuelo de pájaros, huyendo con espantosa rapidez; luego, como si esos escuadrones invisibles encontraran otros mas poderosos, se paran, y parece que se rompen; óyeseles retroceder y volver por ráfagas desiguales y planíderas; las hojas dispersadas reaparecen en torbellino, se abaten y esparraman acá y acullá por el húmedo suelo, como una bandada de pinzones dispersados y diezmados por el plomo mortífero del cazador. Entonces, todos esos grandes estruendos cesan por un momento, para dejar oír el murmullo de la lluvia que cae sobre los árboles, el grito lúgubre de la lechuza, ó el canto lejano de un gallo. Renuévase de improviso la tempestad, yendo, viniendo, luchando, dando golpes sordos y confusos, y arrojando agudos silbidos; no una de esas tempestades ardientes y soberbias, surcadas por imponentes relámpagos, que hablan majestuosamente con el lenguaje del rayo, que infunden en el alma un santo terror lleno de admiración, y á las cuales expone uno su cabeza desnuda, para impregnarse mejor de sus cálidas emanaciones y respirar su atmósfera eléctrica; pero si una de esas tempestades que oprimen el cuerpo de frío y el corazón de tristeza, y á las cuales cierra uno cuidadosamente su ventana y su puerta, para arrimarse al hogar que está ardiendo, ó arrollarse entre los pliegues de las mantas de su cama.

Otras veces, al siguiente día de una noche borrascosa, se ve la nieve deslumbrante cambiar la campiña en paisajes inmensos de alabastro, que despliegan su immaculado esplendor bajo un cielo de un color gris rosado. Mas tarde, por las leyes inmutables del Supremo Creador, esas nieves, esas escarchas, esos globulillos de cristal, que el sol de invierno hace centellear con los adiantados brillos del prisma, convierten los campos en un aspecto encantador y nuevo, cubriéndolos de doradas mieses y olorosas flores.

Entonces, cuando la paja se pone dorada, y la espiga amarillenta se inclina hacia la tierra, una actividad y una vida nueva se abren por todos lados; numerosas cuadrillas de hombres y mujeres pasan de un pueblo á otro destinados á la siega, dejando oír sus alegres cantos y sus estrepitosas carcajadas. Los campesinos, seguidos de su familia toda y de sus respectivas cuadrillas, unos suben á la colina y otros bajan al valle, armados de sus hoces ó de sus guadañas, á empezar su ruda tarea, trabajando con afán en cortar y hatar las espigas, mientras otros las hacinan y las cubren para preservarlas de la intemperie. Allá, no muy lejos, asoman por entre las ramas de los árboles las ventanas del cortijo, alumbradas por un brillante sol de Junio. La culminante chimenea arroja al cielo una columna de humo, que indica al segador se le prepara una buena comida. Vese al cabo de poco rato por entre la cercas de un camino hondo una cesta que se aproxima, y al llegar al campo la joven que la trae, prorrumpen los segadores en aclamaciones de júbilo, saludando á la recién llegada. Entonces la escena se anima, el eco repite debilitados por la distancia los sonidos del caracol marino (*l'corn*), aumenta la zambra y gritería que se propaga hasta á las cuadrillas mas lejanas, una liebre asustada se lanza fuera de los trigos, atraviesa los rastros con pasmosa velocidad, huye espantada, y va á perderse entre los matorrales de un bosque ó las cepas de una viña abandonada.

Las agabilladoras entre tanto forman un círculo de haces, donde se sientan hombres y mujeres, viejos y jóvenes, alrededor de una enorme cazuela provista de abundantes

tajadas, sazonadas por una alegre charla, pan fresco, vino bueno y queso tierno, que restauran las fuerzas del segador y le disponen á emprender de nuevo, su larga y penosa tarea.

Nuevas escenas se presentan al caer la tarde, apareciendo un impaciente cazador en busca de la incauta codorniz, á quien la desapiadada indiscreción de los chiquillos ha diezmado ya sus polluelos. Lanza su perdiguero en medio de los rastros y se interna por los trigos á la pista de aquella ave infortunada, mas luego es interrumpido por el sonido melancólico del cencerro del morueco de un gran rebaño de ovejas, que el pastor deja esparcidas por las pendientes verdes y alfombradas del bosque mas inmediato al cuidado del perro fiel, mientras él corre á hurtadillas en busca de algun bocado de la última merienda.

La escena cambia de nuevo: el cansancio tiene rendido al segador encorvado todo el día su cuerpo hácia la tierra. Repítense los agudos acentos del caracol marino, que señala la hora de retirarse, y que el sol toca ya á su ocaso. Los segadores dejan el campo, unos por grupos, y otros por parejas aisladas. Los bueyes se acercan con paso lento al cortijo; las yegüas relinchan alegremente á la vista del pesebre; las ovejas se apiñan, balan y se empujan por la puerta lateral que da al redil. Personas y bestias parecen impacientes para gozar las dulzuras del reposo.

Mientras se prepara la cena, las voces de los segadores que responden al rezo del Rosario, se pierden por los ámbitos del edificio, debilitadas por el cansancio. Ansiosos mas bien del reposo que del alimento, toman cena frugal y se entregan sobre dura cama á un sueño profundo y descuidado. Entonces renace la calma, y el silencio de las llanuras y la tranquilidad de los bosques no son interrumpidos mas que por el canto del ruiseñor, ó por los perros de los cortijos, que ladran y se responden desde lejos.

10 de Junio de 1886.

UN AGRICULTOR.

Lo que viene haciendo el «caduco *Fierabrás*» con sus discusiones es pura y llanamente del sistema liberal. Se le arguye y acusa, y él en lugar de razones no dá más que vituperios y amenazas. ¡Siempre enseñando la porra!... ¡... son tan valientes!

Porque el SEMANARIO recordaba á los que pretendieron celebrar el aniversario de la heroica defensa de Figueras los nombres de Castellón de Ampurias, Alpens y Castellfolit, esclama repleto de furor: «¿Háse visto mayor osadía ni mas cinico descarol! ¡Atreverse á citar fechas que recuerdan sangre liberal derramada por las feroces (sic) hordas del carlismo...!» y dice mas abajo: «le aconsejamos (gracias), sin embargo, que no abuse de esas sangrientas graciosidades.» Mas abajo sigue diciendo: «cuidado, mucho cuidado, joven inexperto con ciertas expansiones, que donde las dan las toman...»

¿Háse visto mayor descoco, decimos á nuestra vez, amenazarnos por recordarle hechos históricos...! ¡Qué nos diría, si á los dichos hubiéramos añadido los de Vidrà, Tordera y otros no menos gloriosos?... Entiéndalo el colega que para nada necesitamos sus consejos velados de amenazas, y entienda que no vale menos la sangre carlista que la liberal. *Intelligenti pauca.*

Milagro no lo es ni el que una ó varias personas queden inmunes del rayo no tocándolos, ni que no llueva siempre que se toque la sardana aquella con aires de *Marsellesa*, como felizmente para *Fierabrás* sucedió el lunes. Sepa el aludido colega que el SEMANARIO sabe distinguir la diferencia que hay de lo milagroso á lo prodigioso y lo raro.